

CUENTO DE NAVIDAD

para Gustavo, Angel,
Nayra y M^a Dolores

Contempló el cuadro intensamente; primero fue trozo a trozo, después, pincelada a pincelada, luego, alejándose algo más, lo envolvió en una mirada analítica, fría, crítica; una tenue sonrisa le asomó a los labios:

—*Ya está acabado, mañana lo firmaré... sí, lo volveré a mirar de nuevo, pero creo que está terminado* pensó.

Con gesto cansado miró el reloj. Era tarde. El tiempo le había pasado sin sentir, siempre le ocurría igual, inmerso en el trabajo, se olvidaba de todo lo que no fuera pintar. Recordó que estaba invitado a la casa de los señores de Marcuse, y aunque no había quedado en ir de una forma definitiva, pensaba que debía hacerlo. El banquero, lo mismo que su esposa, formaban una simpática pareja que siempre le habían demostrado una gran admiración y afecto.

Cuando María Estela le había invitado, él había prometido:

—*Si puedo, iré.*

—“Pero vamos a ver, ¿por qué no va a poder? ¿qué tiene usted que hacer una Nochebuena?”

El se había reído y fue entonces cuando ella le había dicho:

—“Seremos pocos, mis hijos y nietos y un matrimonio amigo americano, que desea mucho conocerle, ella sobre todo, está loca por que usted le haga un retrato”.

Con gesto pausado empezó a cerrar los tubos, luego recogió los pinceles y uno a uno los fue metiendo en el disolvente, después con mucha calma se acercó al lavabo y empezó a lavarse las manos, despacio, ausente...

Frente a él, en un gran espejo, vio reflejada su cara, miró a aquel extraño que desde el cristal le contemplaba, vio su espeso pelo oscuro donde ya se veían brillar bastantes canas, sus ojos verdes, ahora, después de tantas horas de trabajo, cansados, casi apagados, su tez morena, su barbilla fuerte, enérgica, con un hoyuelo profundo en el mismo centro de ella fue una mirada curiosa, un tanto inquisitiva frente a un rostro casi desconocido.

Después se lavó la cara, se peinó ligeramente, se puso la americana y sobre ella el abrigo, elegante, correcto, de impecable corte inglés.

Ya iba a salir cuando de nuevo volvió a mirar el cuadro; una figura de mujer, bella y elegante, le miraba desde lo alto del caballete. Se acercó a la puerta y, desde ella, su mirada paseó el amplio estudio, sintió, oyó el silencio que quedaba como único dueño del enorme y lujoso piso que solamente compartía con Adrián, su criado, al que le había dado libre aquellos días y María, la vieja cocinera que estaba siempre en él, hasta las cuatro de la tarde. Luego abrió la puerta y salió.

La calle estaba llena de gente, personas de todas las edades y clases pasaban ligeras, como si todos tuvieran una cita urgente en algún sitio, algunos cantaban alegremente acompañados de panderos, guitarras y otros instrumentos.

Una intensa soledad sintió allá muy dentro de su alma. Se vio un extraño en la larga y amplia calle entre toda aquella abigarrada muchedumbre. Sintió profundamente la enorme incomunicación entre él y toda aquella gente que, metidos en sus propios problemas y alegrías, pasaban indiferentes a su lado; fue algo que le hizo pensar en la carencia absoluta de calor humano que vivía, lo frío de su vida de hombre solitario; dejando escapar un profundo y apagado suspiro, caminó más deprisa. como si quisiera huir de algo, tal vez de sí mismo, de sus pensamientos.

No había querido sacar su coche, pero estaba viendo que esta noche no iba a conseguir un taxi.

—*Debí haber pensado que también muchos taxistas tienen su Navidad.*

Miró el reloj y vio que eran cerca de las once, oyó las campanas llamando a “misa del gallo” y vio cómo en una iglesia cercana entraban los fieles. El siguió su camino... ¿su camino?... ¿de verdad sabía a dónde iba? ¿por fin había decidido a dónde tenía que ir?... Casi le pesaba haber salido de su casa...

¿Por qué entre tanta gente alegre se sentía tan solo?.

De nuevo sintió aquella inmensa soledad, la sintió cómo se agudizaba más aún, si cabe, por las risas y alegrías de los demás, fue como una desesperanza callada, casi como un dolor, un dolor físico, tangible, un infinito malestar, un intenso cansancio...

—*Quizás he trabajado demasiado,* pensó.

Desde el interior de un templo se oyeron unas voces, bellas, vibrantes, que a los acordes de un órgano cantaban.

Con paso cansado atravesó la calle y entró en la iglesia. Estaba completamente llena de fieles; cruzándola, pudo acercarse a un banco que, en lo apartado de un rincón, ocultaba un asiento. Se dejó caer en él, cerró los ojos unos minutos. Luego, los abrió; miró a las pocas personas que podía ver a su alrededor; no conocía a nadie. La misa seguía. Desde donde estaba no veía el altar, pero un ruido de sillas, de bancos, de pies sobre el oscuro y áspero suelo, le dijo que empezaba el Evangelio.

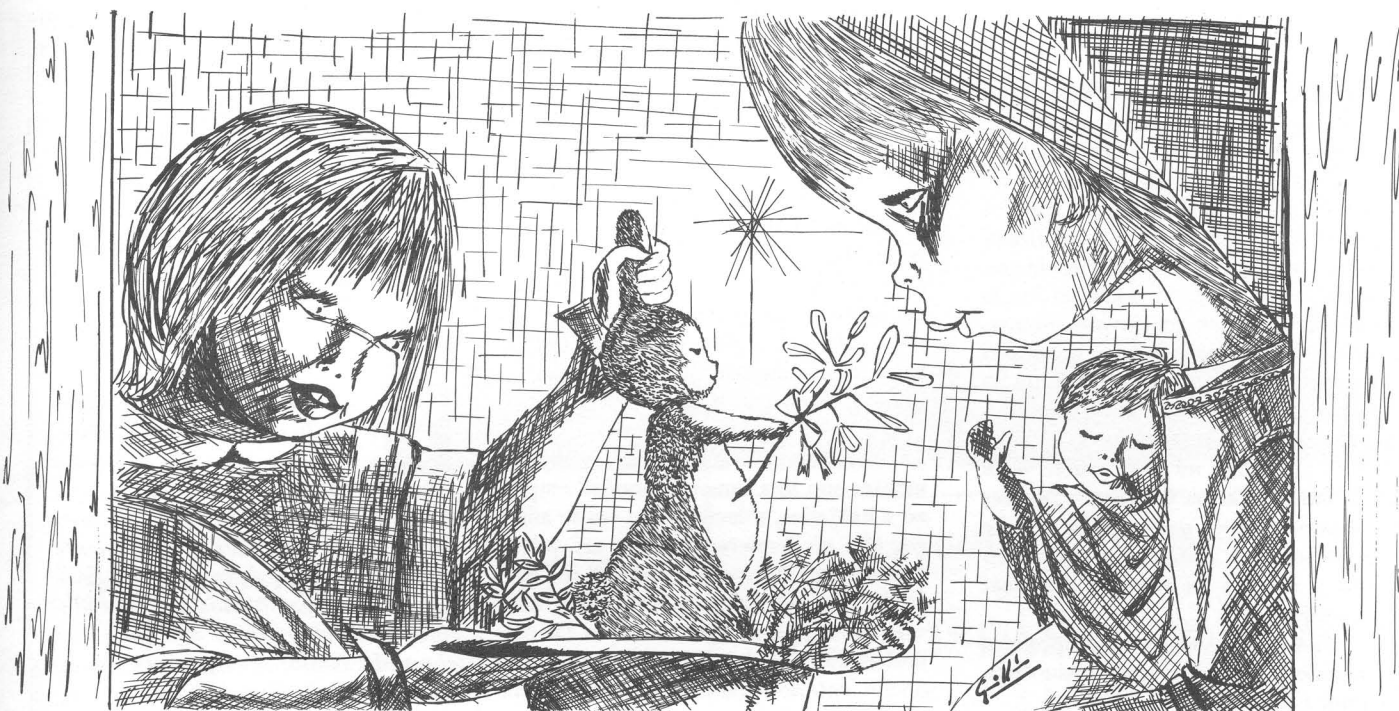
El, poniéndose de rodillas, dejó descansar su frente sobre sus entrelazadas manos, sus largas y finas manos de artista.

Recordó allá lejos, allá en su isla, otras misas como aquella, cuando de la mano de su madre, con el padre, los hermanos y siempre alguien más de la familia iban a la “misa del gallo”.

—*Te vas a dormir, eres muy pequeño* — le decían los hermanos para hacerle rabiar.

Pero no, él nunca se había dormido, ni cuando llegaban a casa, donde ya estaban los abuelos esperándolos, para tomar la alegre cena de Nochebuena, llena de tantas cosas ricas... ¿por qué no tendrían ahora los turrones aquel sabor maravilloso?... ¿ni los pasteles su suave aroma?... quizás fueran cosas de los años que en el recuerdo hacen todo mejor.

Como una ascua de luz brillaba todo, desde la hermosa vajilla de porcelana, puesta sobre el bordado mantel especial para estas ocasiones, hasta los cubiertos de plata, todo, todo brillaba, y los adornos y las guirnaldas. Hasta el



Belén, colocado en un rincón del comedor y que con tanta ilusión ayudaba siempre a hacer, era de luz.

Sí, eran muy felices, siempre tan unidos, él podía decir que su casa había sido un hogar, un verdadero hogar. Así fue siempre, hasta que llegó aquello... La guerra es terrible, es cruel, lo destruye todo.

Primero fue su hermano José Luis, le llamaron a filas, apenas acabado de cumplir los dieciocho años; pocos días después le llevaron al frente. El no comprendía el dolor de su madre y menos aún el de su padre. ¿Había algo más hermoso que ponerse un traje de soldado y marchar a los acordes de una marcha guerrera? ¿O cosa más grandiosa que llevar la bandera?. Pero pronto supo por qué lloraba su madre, y fue aquel día en que subiendo la escalera de dos en dos llevó a su casa aquel papel azul que le dio el repartidor. "Es mejor que lo subas tú" le había dicho, después que con su letra de colegial lo había firmado. Aún recordaba aquel grito de dolor de su madre al leerlo, sus lágrimas, su pena; sí, aquello fue el principio de su muerte.

La guerra duró unos años más, y un día sin decirle nada a nadie se marchó Ignacio, tan sólo dejó una carta sobre su cama; este fue el segundo dolor de su madre, su padre no encontraba palabras para consolarla.

—¡Oh, Señor, tan solo por esos mundos!... ¡Si es aún un niño! Si acaba de cumplir diecisiete años...

—Ya se las arreglará mujer, no llores, ya veremos qué podemos hacer por él cuando sepamos donde está.

Pero el hermano nunca más volvió, allá en Venezuela le fue muy bien. Años mas tardes, allí también formó su

hogar. La madre nunca más volvió a verle, porque murió un año antes de que llegara la paz.

Luego fue Mercedes, la única hermana. La querida y alegre Mercedes se casó con Javier Urquiola, un asturiano, y para Argentina se fueron; bien es verdad que los dos querían que el padre y él se fueran con ellos, pero el padre, apegado a su isla, a su sol y a sus recuerdos había preferido quedarse en ella con su hijo más joven.

Terminaron las comidas en familia. Los dos comían en un restaurante. La mujer que les limpiaba la casa, antes de irse les preparaba algo para la cena, los desayunos eran deprisa y corriendo, el padre para la oficina y él para el Instituto; la vida en familia se había acabado; a pesar de estar juntos los dos, qué vacío y triste era todo.

Desde muy pequeño él dibujaba bastante bien. La madre con esto tenía una enorme ilusión; paciente-mente, uno a uno, había pegado en un álbum todos sus dibujos, desde el primero, donde se veía un gracioso monigote con una gorra de marinero, bastante aceptable para sus recién cumplidos cuatro años.

Cuando terminó el bachillerato, él quiso hacer Bellas Artes y a Madrid se fué, a la Escuela de San Fernando, y allí hizo su carrera con brillantes notas. Fue al terminarla cuando, después de regresar de Madrid, dispuesto a dar clases en un Instituto tan sólo por estar a su lado, murió el padre.

Se volvió a marchar. Tuvo unos pocos años de lucha, pero, pasados estos, se había hecho un nombre y su firma se cotizaba muy bien. Nada le faltaba, todo lo había conseguido, ¿todo?... a veces pensando en esto, una

sonrisa triste le asomaba a los labios, sobre todo cuando sentía aquel infinito vacío, la intensa soledad que no había logrado llenar con nada ni con nadie...

—¿De verdad puedo decir que con nadie? — pensó.

No, hubo un tiempo en que su vida estuvo llena, plenamente llena; fue cuando conoció a Marta, pero... ¿por qué la amó tanto?... ¿fueron quizás aquellos maravillosos ojos negros, o tal vez la gracia de su figura, de su andar o la armonía de su voz?... no lo sabía, ahora pensaba que quizás no fuera ni nada de esto. Marta para él fue una obsesión; desde el mismo día en que la conoció sintió el terrible influjo que aquella mujer ejercería sobre él... ¿qué extraño es el amor!, verla fue desearla, deseo que en poco tiempo se trocó en un amor tan intenso, tan apasionado, que hoy al mirarlo desde la distancia que da el tiempo, le hacía sonreír con amargura.

Marta se había dejado querer, adorar, pareciendo que daba lo mismo a cambio, hasta aquel día en que lo supo todo, que lo comprendió todo. Después de una borrascosa escena, habían terminado, para casarse ella con un hombre rico y viejo al que no quería, pero que le podía dar todo el lujo que deseaba, y que él en sus primeros años de pintor no le podía ofrecer.

No, ya hoy no le guardaba rencor. Hoy comprendía que todo, todo lo que tenía, casi se lo debía a ella; fue su odio lo que le hizo superarse. Sus éxitos los conseguía pensando lo que la iban a herir, sus premios en el dolor que le iban a causar. Fue una lucha sorda, callada, llena de infinito desprecio que como una obsesión le hizo buscar el éxito para tirárselo a la cara.

Pero, ahora, ya no la odiaba: que

CUENTO DE NAVIDAD

se quedara con su riqueza y su viejo marido. No, ya hacía muchos años que la mayor indiferencia envolvía su recuerdo, un recuerdo que ya nunca venía a él. Después de algunos años, a veces se encontraban en alguna fiesta; siempre sentía sobre él su mirada que le seguía insistente. Al principio fue la mirada de la mujer que se sabe intensamente querida; después muy pronto lo comprendió todo, y fue la inquietud, la desesperanza de la hembra, que no quiere perder su presa segura.

— ¡Hombre, no seas cruel! — le decía burlón Carlos Olivares — ¿no ves a esa pobre mujer que con los ojos te está llamando a gritos? Cumple como bueno y libérala un rato del carcamal del marido.

Entonces, al mirarla, comprendía lo muerto y enterrado que estaba todo su amor por ella.

Las voces armoniosas cantando un villancico le sacaron de sus recuerdos; las notas vibrantes del órgano, al que unas manos maestras arrancaban en suaves arpeggios toda su belleza, le conmovieron; pero otra vez su imaginación volvió a vagar inquieta, volvió a pensar con infinita nostalgia en el desaparecido hogar, en su entrega total a su arte, en su vida tan llena de fugaces aventuras y tan vacía de verdaderos afectos.

Pronto terminó la misa. De nuevo aquel ruido de pasos, de bancos, el tropel de gente que se dirigía a la salida, ansiosos de reunirse, de pasar una Nochebuena feliz, le sacó de sus pensamientos.

Ya iban a cerrar la iglesia cuando salió de ella. Ya la calle estaba casi vacía, silenciosa. A lo lejos se oía el cantar de una voz ronca, y un acordeón que le acompañaba.

Pensó que quizás ahora pudiera coger con más facilidad un taxi. Se acercó a la esquina donde unos grandes almacenes dejaban escapar un torrente de luz por sus lujosos escaparates, y fue al acercarse para ver unas elegantes prendas de caballero, cuando vio, cómo desde otro escaparate, dos infantiles caritas, con sus naricillas aplastadas contra el inmenso cristal, le miraban con curiosidad.

Se acercó a ellos. Eran muy pequeños. La niña de ojos grandes, oscuros y luminosos, que no tendría siete años, tenía cogido de la mano al otro pequeño que apenas contaría tres. Sus trajes eran andrajosos y sus pies, metidos en unas playeras de sucia lona, dejaban escapar por los agujeros todos los dedos amoratados de frío. La niña, mirándole muy seria, extendió su sucia manecita y le pidió una limosna.

El los miró:

— ¡Santo Dios! ¡Tan pequeños! se dijo

— ¿Qué hacéis aquí tan solos? ¿dónde están vuestros padres? — les preguntó.

La chiquilla se asustó, quizás fuera por la brusquedad con que hizo la pregunta, o la fijeza de sus ojos que reflejaban una enorme angustia. Tirando del pequeño quiso alejarse.

Pero él, sujetándola por el brazo, no la dejó marchar. La niña empezó a llorar y al verla el pequeño hizo lo mismo.

Entonces él los acarició y, dulcemente, con una inmensa bondad empezó a hablarles, a decirles que era su amigo, que no temieran nada, y así, poco a poco, aquella vocesita infantil fue dejando oír toda su pena. Ya hacía dos días que vagaban perdidos por las calles, nadie se había fijado en ellos. La noche anterior habían dormido entre las cajas vacías, en el callejón de unos almacenes. Esta noche pensaban hacer lo mismo, porque durante la tarde habían puesto cajas de nuevo.

— Pero ¡vuestros padres os estarán buscando desesperados!.

— No, mamá murió al nacer Luis, y hace tres días, el pobre papá que estaba malito se quedó muy frío y muy pálido, entonces le metieron en una caja grande y se lo llevaron. Dijo nuestra vecina que estaba muerto — dijo la chiquilla con pena —. No tenemos familia y las vecinas del patio llamaron al párroco para que nos llevara a un sitio que se llama... me parece que Orfelinato... sí creo que es así... según dijo él, nos llevaría al día siguiente, pero a un sitio iría yo y a otro donde sólo hay chicos, iría mi hermano... ¿comprende?. Por eso nos fugamos. El pobre Luis es muy pequeñín y me necesita, le hago mucha falta... siempre le he cuidado yo; bueno, y también papá, pero ya él no está... yo le quiero mucho y nunca, nunca, nos separaremos.

Y la niña volvió a llorar y Luis con sus ojos llenos de lágrimas la miraba con el mayor desconsuelo.

Y fue entonces cuando el pintor, Juan Manuel Alvarado, con todos sus éxitos, con todo su dinero y con toda su tristeza, sintió que su inmensa soledad había acabado. Tendiéndoles las manos a los dos hermanos los sintió frías, tiritantes, bajo las suyas tibias y enguantadas y, apretándolas suavemente, supo que tanto ellos como él, en aquella Nochebuena, acababan de encontrar algo que mucho necesitaban: una familia.

JOSEFINA MUJICA
Diciembre de 1979.

El pintor Manuel González Méndez, en el calendario de la Caja para 1980

Las reproducciones a todo color de seis lienzos del pintor palmero Manuel González Méndez (1843 – 1909) integran el calendario de la Caja Insular de Ahorros para 1980. Estos calendarios que desde 1969 viene dedicando nuestra Entidad a los artistas isleños han reproducido hasta el presente setenta y dos obras de Néstor — el primero de los calendarios editados, dedicado al “Poema del Mar” —, Nicolás Massieu, Antonio Padrón, Juan Guillermo, Jorge Oramas, Manolo Millares, Plácido Fleitas, Eduardo Gregorio, Juan de Miranda, José Aguiar, Tomás Gómez Bosch y, ahora, Manuel González Méndez.

A través de estos calendarios, que tienen una gran difusión y aceptación en las Islas, la Caja ha contribuido a divulgar un más amplio conocimiento de los artistas del Archipiélago y de sus obras, llevando a los hogares, a los centros de trabajo y a los lugares de reunión, a lo largo de estos años, una variada antología de obras de nuestra mejor producción plástica. Al propio tiempo nuestra Entidad distribuye entre sus clientes calendarios comerciales y de bolsillo.

Como en ocasiones anteriores, el calendario para 1980 reproduce las pinturas de un destacado artista isleño autor de una fecunda e importante obra. Los lienzos seleccionados representan diversas facetas de la obra creativa de González Méndez: “Cocina bretona” y “La hilandera” son manifestaciones de una pintura tradicional genuinamente costumbrista, mientras que los dos hermosos retratos de niños se adscriben nitidamente al impresionismo; también obedece al requerimiento impresionista de su época la pintura titulada “La siega”, mientras que “La romería de Santa Lucía” señala un precedente interesante en la introducción de temas populares isleños en nuestra pintura regional. Como es habitual, el calendario ofrece un texto de presentación del pintor, que en esta ocasión ha sido escrito por Alfredo Herrera Piqué, director de nuestra Revista.